

**GRAL. BRIG. MC. MARIO ALVA RODRÍGUEZ(1927-2021)
IN MEMORIAM**



El Gral. Brig. MC Mario Alva Rodríguez nació en la ciudad de Puebla el 5 de noviembre de 1927, fue el hijo mayor del Sr. Alberto Alva Cerrillo, músico de profesión y de la Sra. Concepción Rodríguez dedicada al hogar, ambos originarios de la hoy Ciudad de México. Tuvo dos hermanos varones Alberto, músico y Benjamín ingeniero constructor y una hermana Cristina con estudios de música y dedicada al hogar.

Al año de su nacimiento en Puebla, sus padres regresaron al entonces Distrito Federal y fue en esta ciudad donde transcurrió toda su vida, salvo dos estancias de 2 años cada una (1989-91 y de 1993 -95) en la ciudad de Querétaro.

Cursó la instrucción primaria en la Escuela Florencio M. del Castillo de la Colonia San Rafael (1933-1939), la secundaria en la Escuela Secundaria No. 4 de Santa María de la Ribera (1940 a 1942) y la preparatoria en la Escuela Nacional Preparatoria del centro histórico de la ciudad (1943 a 1944) en el bachillerato de ciencias biológicas seguramente porque ya había decidido estudiar medicina.

A la Escuela Médico Militar (EMM) ingresó en 1945 y egresó como Mayor Médico Cirujano y Partero el 30 de noviembre de 1950. Su tesis de recepción profesional experimental fue: “Injertos de arterias conservadas”. Algunos de los compañeros de esa generación de 25

graduados son los doctores Luis A. Cancino Serna, Lizardo Arreguín Macín y Miguel Schultz Contreras entre otros.

El internado de posgrado lo realizó en el Hospital Central Militar (HCM) durante un año y medio (1951-1952) y luego fue sub residente durante un año más (1953).

Concluida su residencia en el HCM se desempeñó como médico adjunto del Hospital Militar para Infecto Contagiosos de Tlalpan, del 1 de enero de 1954 al 31 de marzo de 1956.

En esta época (1954), contrajo matrimonio con la Sra. Irma Josefina Valencia Mancera originaria de la ciudad de México y con estudios de Contaduría, con la que procrearon tres hijos: Mario, médico dermatólogo, Irma Leticia, odontóloga con especialidad en endoperi odontología e Irma Eugenia, diseñadora gráfica.

Regresó al HCM a efectuar la residencia y especialidad en Anestesiología del 1 de abril de 1956 al 31 de diciembre de 1959, especialidad que ejerció en su institución y en la medicina privada durante poco tiempo ya que su verdadera vocación era el estudio y enseñanza de la anatomía humana. Con esta idea en mente consiguió ser Becario de Asociación Civil para el Fomento de la Investigación en la Escuela Médico Militar (EMM) como Profesor e Investigador de Anatomía en la EMM en los años 1960 y 61. No satisfecho con esto, su inquietud intelectual y su deseo inquebrantable de profundizar en el estudio del cuerpo humano, lo llevaron a buscar y conseguir la Beca de la Fundación Alemana “Alexander von Humboldt” para efectuar el posgrado en Morfología Humana nada menos que en el Instituto Anatómico de la Universidad de Münster, Westfalia, Alemania, donde permaneció durante un año (del 1 de septiembre de 1960 al 31 de agosto de 1961) aprendiendo las técnicas y métodos más avanzados para la preservación de cadáveres, disección y proyección de piezas anatómicas con la finalidad de traer todo ese caudal de conocimientos para la enseñanza moderna de la Anatomía a los alumnos de la Escuela Médico Militar.

La vida profesional del Dr. Alva presenta 6 facetas: (1) como médico clínico ejercida por poco tiempo, durante el cumplimiento de sus comisiones militares y con la práctica de la Anestesiología; (2) como profesor de Anatomía en su *alma mater* y otras escuelas de medicina del país, a la que le dedicó toda su vida; (3) como médico forense, donde desarrolló una gran labor como maestro y por cuyos trabajos en este campo es reconocido como pionero de la antropología física forense en nuestro país; (4) en la criminología, donde desarrolló trabajos e investigaciones que fueron de gran trascendencia para la antropología criminal, siendo además uno de los fundadores de la Academia Mexicana de Criminalística (5) gremial, ocupando puestos administrativos en el Colegio Nacional de Médicos Militares “Dr. Francisco Montes de Oca”(1951), en la Asociación Civil para el Fomento de la Investigación Científica en la Escuela Médico Militar (1956), en las Sociedades Mexicana y Panamericana de Anatomía, en la Sociedad Mexicana de Medicina Forense, Criminología y Criminalística entre otras y (6) su faceta jurídica, expresada en la tesis para su recepción profesional como abogado por Facultad de Derecho de la UNAM (¡a los 89 años de edad!), titulada “La Renta Básica como Derecho Ciudadano”, donde muestra su preocupación por el aspecto social y su interés por la lucha contra la pobreza y la desigualdad.

Su principal interés estuvo en la transmisión y difusión de sus conocimientos y experiencias, tanto en la docencia escolar en diversas instituciones educativas, donde introdujo innovaciones y nuevos instrumentos didácticos, como en exposición de conferencias en foros nacionales y extranjeros y su participación en cursos y publicaciones numerosas.

Su actividad docente en la Escuela Médico Militar la inició en 1952 -apenas terminando su internado rotatorio en el HCM- como Profesor Adjunto de Disecciones de Anatomía Humana, después fue nombrado Profesor Ayudante de esta misma asignatura y de “Anatomía con sus aplicaciones médico-quirúrgicas de 1953 a 1962 y luego Profesor Ayudante de Propedéutica Clínica y Quirúrgica de 1956 a 1960.

Al regresar de su posgrado en Alemania, fue nombrado Profesor Interino en Anatomía aplicada a la exploración de cirugía (1962) y poco después Profesor titular de Disecciones y Clínica de Anatomía Humana cargo que ocupó hasta 1968 ya que a partir de 1969 y hasta 1983 fue designado Profesor Titular de “Teoría, Clínica, Radiología y Disecciones de Anatomía Humana” y desde 1972 fue además Profesor Titular de Medicina legal, civil y militar.

Aunque se retiró del activo en el Ejército (1 de marzo de 1986), siguió su labor docente como retirado. El 7 de julio de 1993 y por Acuerdo del C. Gral. Secretario de la Defensa Nacional, causó alta como Profesor Civil Asociado “A” para impartir la materia de Anatomía Humana y el 1 de mayo de 2005 es designado por la Universidad del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos, Profesor Civil con Categoría Titular Especializado Foráneo de Tiempo Completo “A”, para seguir impartiendo su materia.

Finalmente se retiró de la enseñanza de la Anatomía primero (2004) y de Medicina Legal después (2012) computando 60 años como educador en la Escuela Médico Militar (1952-2012). Aún después de jubilarse como maestro, no dejaba de asistir a la escuela y una de sus últimas actividades fue la de miembro -muy activo por cierto- de la Comisión de Estudios Históricos Escuela Médico Militar (CEHEMM).



Dr. Mario Alva Rodríguez (de bata blanca) con miembros de la CEHEMM

En la Escuela Militar de Graduados de Sanidad (EMGS) fue Profesor Titular de Anatomía Humana en los cursos para posgraduados de: Psiquiatría General (años 1968,69,70 y 77); de Ortopedia y Traumatología (años 1971,72,74,77,79 y 80); Otorrinolaringología y Oftalmología (años 1975 y 77) y de Medicina Física y Rehabilitación (1977).

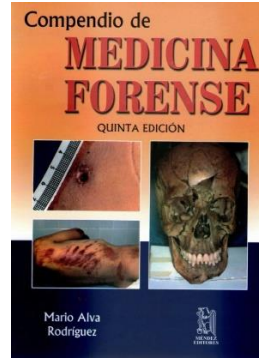
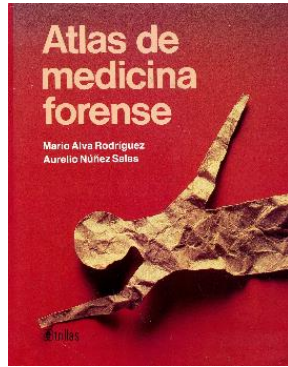
Fue también el fundador y jefe de la Maestría en Medicina Forense (1980 a 1985).

Además de su intenso trabajo en la Escuela Médico Militar se dio tiempo para trabajar como profesor de Anatomía y Medicina Forense y ocupar cargos directivos en las facultades de Medicina de la UNAM, la Universidad La Salle, la Universidad Anáhuac, el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Autónoma de Querétaro.

Como parte de su trabajo como profesor de Anatomía, elaboró materiales de gran valor didáctico como son las piezas anatómicas para su inclusión en plástico y soluciones conservadoras para exponerse en museos y para la enseñanza en la Escuela Médico Militar. (1970) y diseñó y grabó 30 programas sobre disecciones anatómicas en videocasete para la Televisión de la República Mexicana R.T.C. (1982).

Las publicaciones del Dr. Alva son múltiples como autor, coautor, colaborador y traductor de libros de su especialidad y con colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras.

Es autor de dos libros: **Atlas de Medicina Forense**. Editorial Trillas, 1984 y del **Compendio de Medicina Forense**. Editorial Méndez Cervantes 1991.



Coautor, colaborador y traductor en 10 libros de sus especialidades y tiene 17 artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras.

Simultáneamente a sus actividades de enseñanza, ocupó puestos directivos en el medio escolar y académico, así como en las áreas de la medicina forense y las ciencias penales.

En el medio médico militar,

- Fue comisionado a la Secretaría de Marina a bordo de la Fragata “Tehuantepec” del 1 de enero al 30 de junio de 1951.
- Jefe del Servicio de Anestesia del Sanatorio de la Industria Militar, del 1 de enero de 1954 al 31 de diciembre de 1959.
- Jefe del Servicio Médico de la Dirección de Pensiones Militares, del 1 de enero de 1957 al 31 de diciembre de 1959.
- Ayudante técnico pedagógico en la Escuela Médico Militar, del 1 de diciembre de 1972 al 15 de abril de 1973.
- Subdirector, Jefe de Estudios de la Escuela Médico Militar, del 16 de abril de 1973 al 31 de agosto de 1976.
- Subdirector de la Escuela Militar de Graduados Sanidad, del 1 de febrero de 1979 al 31 de enero de 1983.

En el medio civil ocupó importantes y diversos cargos en hospitales, en universidades, en el Servicio Médico Forense y en el Instituto de Ciencias Penales de la hoy Ciudad de México, en la Procuraduría General de Justicia del estado de Querétaro y en el Instituto de Seguridad Pública, el Instituto Nacional para el combate a las drogas y en la Procuraduría General de la República, entre otros.

El Dr. Alva perteneció a más de 15 sociedades y agrupaciones científicas nacionales e internacionales

Debido a su amplia trayectoria en la enseñanza de la Anatomía y su prestigio por sus trabajos e investigaciones en las Ciencias Forenses y Criminología, fue objeto de reconocimientos y distinciones tales como:

- Diploma Laude como Profesor de la Escuela Militar de Graduados de Sanidad (1975) durante 10 años
- Condecoración al Mérito Docente por la Secretaría de la Defensa Nacional (1979)
- Profesor Emérito en Anatomía Humana de la Escuela Médico Militar (1983)
- Diploma Summa Cum Laude (1984) por la Escuela Médico Militar por más de 30 años como profesor
- Académico de Número de la Academia de Ciencias Penales (1985)
- Profesor Emérito de la Escuela Militar de Graduados de Sanidad (1997)
- Académico de la Academia Mexicana de Cirugía (2001)
- Recibió la Medalla al Mérito Criminológico “Alfonso Quiroz Cuarón” en 2006, que es la máxima distinción que otorga la Sociedad Mexicana de Criminalística

Los ascensos y reconocimientos militares

- Cadete de la Escuelas Médico Militar a partir del 1 de enero de 1945
- Cabo de cadetes (1 de enero 1948)
- Teniente de cadetes (1 de enero de 1949)
- Capitán primero Pasante de Medicina (1 de enero de 1950)
- Mayor médico cirujano y partero (1 de enero de 1951)
- Teniente Coronel MC (20 de noviembre de 1971)
- Coronel MC (20 de noviembre de 1975) y
- General Brigadier MC para fines de retiro el 1 de marzo de 1986 con 41 años 2 meses de servicios ininterrumpidos.
- Recibió los Diplomas y las Condecoraciones de Perseverancia de 4ª, 3ª, 2ª y 1ª clases por 10,15,20,25 años de servicios, la de Perseverancia Especial a los 34 años y la de Distinción Militar como Gral. Brig. MC en 2018.

Las aficiones

Además de gran médico anatomista, forense y educador el Dr. Alva gustaba de las bellas artes y los deportes. Fue un asiduo lector de la buena literatura, apasionado de la música clásica y la ópera (no se perdía las temporadas de ópera en el Palacio de Bellas Artes), de las buenas películas mexicanas y extranjeras, del cine de arte (asistía con frecuencia a las muestras de cine), el teatro, la visita a exposiciones y museos de pintura y escultura y los viajes en el país y el extranjero. Aprovechaba la asistencia a los congresos para quedarse unos días y conocer la ciudad sede y visitar las zonas arqueológicas y los centros culturales. Viajó en congresos y por placer con su familia por los Estados Unidos de Norteamérica, Centro y Suramérica, Japón, Egipto y por casi todos los países de Europa siempre con una guía turística en las manos y su cámara fotográfica. Gustaba de la foto en diapositivas las cuales exponía después a su familia (en su biblioteca tenía instalado el proyector y una pantalla desplegable) en amenas sesiones para recordar con memoria prodigiosa los detalles de los lugares visitados En los deportes destacó en la natación, como buceador profesional, buen jugador de squash, frontón y fútbol americano (donde ocupaba la posición más importante, la de mariscal de campo o quarterback de su equipo).

El Dr. Mario Alva Rodríguez, murió el 7 de febrero de 2021 en el Hospital Central Militar dejando una huella imborrable en su *alma mater* la Escuela Médico Militar a la que le dedicó la mayor parte de su vida fundamentalmente como profesor de Anatomía Humana.

Todas las generaciones que tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas lo recordaremos como el MAESTRO adusto, de pocas palabras, vestido siempre de blanco, con una gran capacidad para transmitir sus conocimientos, exigente pero justo, poco dado a las bromas, nunca a las malas palabras.

Aunque fue el profesor de una de las “asignaturas terror” para el estudiante de medicina, su conducta como maestro nunca fue atemorizante, nunca exigió lo que nunca enseñó y fue justo al momento de evaluar y calificar al alumno.

Aprobar Anatomía en primer año y Bioquímica en segundo eran los obstáculos más difíciles de sortear para alcanzar la meta de ser médicos militares.

El maestro Alva fue un gran educador, deja una enorme huella en la enseñanza de la Anatomía en nuestra escuela que será muy difícil y quizá imposible de igualar.

Descanse en paz querido maestro.

Fuentes

1. Expediente del Gral. Brig.MC. Mario Alva Rodríguez. Archivo de la Escuela Militar de Medicina. México
2. Comunicación personal de la familia Alva Valencia
3. Revista Criminalia. Academia Mexicana de Ciencias Penales 2021; LXXXVIII (1):39-40

Paralelamente a los fríos datos curriculares expuestos, hay otra información, proporcionada por alumnos y familiares del doctor Alva que en recuerdos y anécdotas muestran la huella que les dejó su calidad como maestro y su calidez como ser humano, huella que persiste aún después de muchos años.

Tte. Coronel MC Alberto Peña Rodríguez (Cirujano pediatra, generación 1962)

Cuando yo estudiaba la preparatoria, tuve necesidad de operarme de una hernia inguinal, había decidido entrar a la EMM y temía que me rechazaran por tenerla. Mis dos cuñados: Álvaro Fox Alonso y Alfonso Luis Velasco, eran sub residentes de Hospital Central Militar y se ofrecieron a operarme gratis (no faltaba más). La operación se llevó a cabo en el Sanatorio Durango, propiedad del maestro Juan Pérez Muñoz, ginecólogo y médico legista. El anesthesiólogo era nada menos que el Dr. Mario Alva Rodríguez. Creo que me dio una buena anestesia porque no sufrí daño cerebral ni hepático.

En nuestra querida Escuela Médico Militar, el maestro Alva era en mi época el *salvador* de la enseñanza de la anatomía. En primer año, el maestro Alva *enseñaba*. Tristemente, el “profesor” titular (el Dr Villarreal) era solo tomador de clase, no enseñaba nada. En tercer año, en la clase de anatomía aplicada, nuevamente el maestro Alva entraba al rescate, con la

ayuda del maestro Octavio Sierra Rojas. El “profesor” titular (Blanco Cancino) tampoco enseñaba nada.

Sería interesante saber el número de años que fue maestro, sospecho que es la persona que enseñó más años en la historia de nuestra escuela.

Un gran maestro.



Doctores Álvaro Fox Alonso, Mario Alva Rodríguez y Alberto Peña Rodríguez.

Gral. de Div. M.C. J. Octavio Ruiz Speare FACS (Hon). MAMSE
(Generación 1964)

El maestro Mario Alva Rodríguez perteneció a la generación de 1950 de la Escuela Médico Militar, con compañeros de generación muy prestigiados, algunos también fueron maestros de la escuela como Lizandro Arreguín Macín y Miguel Schultz Contreras

Siendo pelón de primer año en la Escuela Médico Militar (1959) recuerdo el terror que los compañeros de años superiores nos transmitían con respecto a la clase de anatomía. El miedo hecho realidad nos llegó cuando asistimos a la primera clase de esta materia impartida por el profesor titular, el doctor Villarreal del cual prefiero no mencionar nada, pero si considero que no existe un solo alumno que haya pasado por su aula y que guarde un buen recuerdo de él como maestro y esto es lo peor que le puede suceder a alguien que se dedica a educar jóvenes.

En ese entorno apareció un médico joven, adusto, siempre vestido de blanco impecable, amable, aunque no sonreía mucho, nos escuchaba con atención y nunca tuvo una expresión

de humillación o agresión a ninguno de nuestros compañeros, pero eso sí, demostraba su rectitud, si no sabías...”cuello”

Bajo un estrés que no quiero recordar, en mi examen final de Anatomía fui examinado por el Dr. Villarreal, quien me preguntó “la decusación de las pirámides en el bulbo raquídeo”, el maestro Pardo me examinó en el cadáver disecando “la región supra hioidea” y por último el maestro Alva me hizo preguntas generales, bien estructuradas y concretas con lo que me tranquilicé. Ignoraba como me calificarían los maestros previos, tenía mucho miedo. Aprobé con 3 seis, este fue el gran paso de mi vida futura.

Entre el Dr. Villarreal y el Dr. García Ramos en Fisiología, nuestro grupo quedó diezmado: de 69 en primer año, solo 18 pasamos al segundo. Fue una gran tragedia. ¿Esos dos personajes, eran buenos maestros?

Recuerdo al maestro Alva con gran afecto, no recuerdo todo lo que me enseñó, pero si me acuerdo de cómo me trató. Esto es lo fundamental en la enseñanza médica. El maestro Alva además de Anatomía nos enseñó valores, virtudes y actitudes positivas.

Veinte años después tuve la oportunidad de interactuar con él cuando fue directivo de la Escuela Militar de Graduados de Sanidad Militar siendo yo jefe del Departamento de Enseñanza del Hospital Central Militar, nuestros programas se complementaban. Fue muy agradable el reencuentro. En años posteriores nuestra relación continuó al compartir reuniones médicas y eventos sociales.

Estos encuentros confirmaron los valores y la visión del maestro Alva: Tuvo la vocación de ser maestro, con dedicación, amable pero estricto, respetuoso, responsable, muy profesional, siempre con gran preparación, generoso, volcando sus conocimientos en los alumnos con gran empatía y siempre preocupado por elevar el prestigio de nuestra medicina militar.

Era un verdadero gusto y privilegio compartir con él la mesa en las frecuentes reuniones de médico militares.

Se convirtió en el líder de la medicina forense en México, publicando varios libros al respecto.

Gral. Brig. MC Juan Antonio de la Fuente Escobar(Cirujano pediatra, generación 1967)

El maestro Alva fue un gran profesor de Anatomía, él en especial me ayudó mucho con sus estupendas clases de Anatomía descriptiva. Por otro lado mantuvimos una estrecha relación pues sus hijos y yo trabajábamos en el mismo consultorio y yo fui el pediatra de sus nietos.

Era además un gran deportista y en varias ocasiones jugamos squash en la cancha de la antigua Escuela Médico Militar y siempre me ganaba.

Sin duda fue un gran médico militar.

Coronel MC Jorge Valdez Morquecho (Ortopedista, generación 1972)

Una anécdota:

Durante el primer año de haber ingresado a la Escuela Médico Militar por la vía diplomática, el oficial (creo teniente) del Ejército Imperial de Etiopía, de nombre Hussein Beshir Nuritu - pariente cercano del Emperador Haile Selassie - apenas y con mucha dificultad podía comunicarse en español.

Se cuenta que cuando llegó el momento de los exámenes finales al presentarse con el maestro Alva para su examen oral de Anatomía, le manifestó que lo disculpara y considerara ya que todavía tenía muchas dificultades para expresarse en español.

El maestro Alva le dijo: No se preocupe usted, si se le dificulta aún el español puede presentar su examen ¡en inglés, francés o alemán!

Se sabe que aún con esas facilidades el examen no fue satisfactorio, pero que por presión diplomática las autoridades de la escuela le permitieron a Beshir repetir el año.

Con el maestro Alva pues, no había manera de excusarse por no saber español y aun hablándolo, la única manera de aprobar era ¡saber Anatomía!

Gral. Brig. MC Eusebio Marbán Arcos (Médico internista y reumatólogo, generación 1975)

El maestro Mario Alva Rodríguez, fue titular de la clase de Anatomía Humana en la Escuela Médico Militar durante muchos años, dicha materia impartida en el primer año de la carrera era un tabú y una especie de materia terrorífica para todos los alumnos que lograban ingresar a dicho plantel, ya que en promedio el 50% de dicha población en cada generación era eliminada por reprobirla.

Los alumnos de mi generación no fuimos la excepción y recuerdo que dedicábamos la mayor parte de las horas de estudio a dicha materia, en buena parte a lo antes señalado, aunado a la obsesión personal de cada uno de nosotros de llegar a ser médicos militares y de no engrosar las filas de los alumnos de las escuelas de medicina civiles.

En mi caso particular, tuve la desgracia de que mi Señor padre (agricultor) falleciera en un accidente el día 05 de enero de 1970, y siendo el que suscribe, el mayor de 8 hermanos, me vi obligado a solicitar un permiso urgente a la dirección del plantel para trasladarme a mi pueblo (Huitzucó Guerrero), para ponerme al frente de la situación familiar, arreglar todo lo concerniente para el sepelio, y demás asuntos relacionados con cosechas, ganado, etc. La situación lógica para mi persona era dejar la escuela y ponerme al frente como responsable de la familia, situación que no se dio, por fortuna, en base a que uno de mis hermanos optó por tomar dicho puesto por lo cual, después de una semana en mi pueblo, regresé a la Escuela Médico Militar. Evidentemente que lo anterior, supongo, había sido del conocimiento del maestro Alva Rodríguez, percibiendo a mi regreso, en ese segundo semestre del año 1970

discreto acercamiento de él hacia mi persona; situación que se me hizo más evidente en el examen final de dicha materia, examen que no era escrito sino oral e individualizado; llamándome la atención que fui de los seleccionados por el propio maestro para que él mismo nos examinara; durante dicho proceso, percibí que aparte de sus amables palabras para calmar mi tensión normal, se portó conmigo con mucha magnanimidad, aprobándome con muy buena calificación, y ayudándome en esa forma a salvar uno de los principales escollos para mi permanencia en dicha escuela.

Posteriormente, muchos años después, del 2005 al 2007 al ocupar el cargo de subdirector de la Escuela Médico Militar, con mucha frecuencia el maestro se acercaba a mí y tuvimos la oportunidad de convivir. La siguiente comisión encomendada a mi persona fue de subdirector médico en el hospital del Estado Mayor Presidencial y ahí se encontraba laborando una joven dentista, hija del maestro, razón por la cual la convivencia amigable entre nosotros se dio con más frecuencia.

La última anécdota que tengo de esta relación con el maestro, fue en octubre del 2020 al estar yo encamado en el Hospital Central Militar con diagnóstico de neumonía severa secundaria a Covid-19, de la cual por fortuna y gracias a Dios y al apoyo invaluable de todo el personal de dicho nosocomio logré superar; ya fuera del hospital, estando en casa, encontré en los mensajes de voz en mi teléfono celular, un mensaje del maestro Alva que me movió las fibras más profundas de las emociones, mensaje que me permito compartirles:

“Dr. Marbán, le habla el General Mario Alva, le llamo para saludarlo y saber cómo va usted de salud; alguien me dijo que había tenido un problemilla, por favor si esto es así comuníquese conmigo; muchas gracias y desde luego ¡le deseo lo mejor!”

Mi percepción del maestro es que sin que se tome estrictamente en el sentido literal, al enterarse de mi tragedia personal, fungió o quiso fungir en alguna forma para mí como un padre adoptivo; razón por la cual lloré al enterarme de su partida, me sigue doliendo mucho su ausencia; pero si lugar a dudas, su recuerdo vivirá en mí en forma permanente.

Gracias maestro por sus enseñanzas, su apoyo y su cariño.

Mayor MC María Elena Nava Delgado (Profesora de Anatomía y Medicina Forense, generación 2005)

En 2004 cuando cursaba el 5to año de la carrera, tomé la clase con el maestro Alba. Su peculiar figura y atuendo llamaba nuestra atención, vestido siempre de blanco de pies a cabeza, su estampa parecía la de un interno, más que la de un general retirado, su seriedad y formalidad infundía respeto y un poco de temor en los entonces cadetes quienes lo llamábamos con respeto y admiración: "R75", el examen de medicina forense, se distinguía de los demás por ser de los pocos que aún contenía preguntas tipo ensayo, lo que siempre causaba preocupación y nos obligaba a estudiar mucho más que para el resto de las materias.

Ya en 2011, cuando fui nombrada jefe del Departamento de Anatomía, me encontré con la sorpresa de que el maestro aún era el titular de medicina forense y al enterarse de que yo tenía el título también, me invitó a participar en la clase, con recelo, el maestro me encargó solo un par de clases durante ese primer semestre, pues a sus más de 70 años, se encontraba cursando los últimos años de la carrera de derecho y en ocasiones se le dificultaba compaginar horarios. Las clases las impartíamos en lo que para mí fue "la vieja escuela" es decir el edificio anterior a este último y moderno plantel, y a través de los años el maestro había conservado su oficina con recuerdos y documentos históricos que daban fe del trabajo de décadas; nuestras oficinas estaban conectadas por un pasillo que conducía a un baño común, así que era evidente para mí, cuando el maestro hacía presencia en el laboratorio, y en muchas ocasiones compartimos pláticas en las que me contaba su experiencia con lujo de detalles, fechas, expresiones, lugares y nombres venían a su mente como si hubieran ocurrido unos días antes, dejando en evidencia la gran capacidad del maestro sin deterioro a pesar de los años, lucidez que conservó hasta sus últimos días de vida. Paré el segundo semestre, me encargó la mitad de las clases de forense, a modo de preparación y prueba que lo convenciera de dejarme por completo el curso y retirarse de forma definitiva de la docencia, durante ese periodo investigó y pidió referencias de mi desempeño y hasta que estuvo seguro de que haría un buen papel como titular de la materia, fue que decidió ceder el título.

Un poco después me invitó a colaborar con un capítulo de su manual de medicina forense, el cual escribí con mucho gusto, pues representaba para mí un honor que mi nombre apareciera junto al de mi maestro.

A pesar de su retiro, continuó conservando su oficina hasta el último día de la existencia de la torre de laboratorios de mi querida escuela; años y kilos de historia salieron de ahí en el último minuto antes de que derrumbaran el edificio, para construir uno completamente nuevo.

En los años siguientes el maestro continuó asistiendo ocasionalmente a la escuela para no perder contacto con el medio, pasaba a saludarnos al director en turno y a mí, siempre ágil, caminando rápido y vestido de blanco, el maestro, doctor, general y abogado que todos recordaremos por su figura y personalidad únicas.

Gral. Bgda.MC Efrén Alberto Pichardo Reyes (Pediatra infectólogo, generación 1970)

Apenas habíamos causado alta en la Escuela Médico Militar (enero de 1965) cuando los cadetes de años superiores sembraron el temor entre nosotros al comentarnos que nuestro primer obstáculo para permanecer en la Escuela y pasar a segundo año iba a ser la materia de Anatomía, cuyo profesor titular era el Mayor M.C. Mario Alva Rodríguez.

Efectivamente así fue, el maestro Alva era una persona seria, no interactuaba con nosotros, siempre uniformado y de bata blanca. Impartía su clase en el pizarrón del anfiteatro en donde nos explicaba la región anatómica que íbamos a disecar, acto seguido nos congregábamos alrededor de la mesa donde se encontraba nuestro cadáver asignado y en algún momento de

la clase se acercaba a la mesa y nos preguntaba el nombre de las estructuras que estábamos disecando. Eran momentos de tensión en ese interrogatorio.

Sus exámenes parciales y también el final consistían en preguntas tema en las que nos pedía describir a detalle una estructura anatómica, lo cual requería un agotador ejercicio de memorización. Varios de nuestros compañeros no lograron superar este obstáculo.

Andando el tiempo tuve oportunidad de tratarlo socialmente ya que dos de sus hijos médicos tenían su consultorio en el grupo médico del cual yo formaba parte y donde solíamos hacer una reunión en la época de navidad. El maestro Alva asistía al convivio y esas fueron las únicas ocasiones en que tuve oportunidad de verlo vestido de civil y conversar con él de temas de actualidad ajenos al ambiente de trabajo dejando ver a una persona afable, ameno en su plática, bien informado y amigable.

La última vez que platicué con él fue en el Hospital Central Militar en el mes de enero de 2021. Nos encontramos en un pasillo del tercer piso y tuvimos con él, mi esposa y yo, una conversación breve pero amena y afectuosa. Dos semanas después me enteré de su fallecimiento, noticia que regresa a mi memoria en forma recurrente.

Guardo del maestro Alva el recuerdo de un personaje que dejó la impronta de lo que debe ser un Médico Militar justo al inicio de mi carrera, marcando mi formación y carácter por el resto de mi vida. Su pulcritud, disciplina, honestidad, compromiso con la docencia y su celo por mantener el prestigio del médico militar me guiaron durante mi ejercicio docente en la misma escuela así como en mi actuación en el servicio activo.

Gracias Maestro.

Coronel MC Oscar Escalante Piña (Cirujano general, generación 1990)

En recuerdo del maestro Mario Alva Rodríguez

En el año 2004 el entonces subdirector de la Escuela Médico Militar me pidió que me hiciera cargo de la materia de Anatomía Humana, con el fin de mejorar la enseñanza en dicha materia.

Aunque no me consideraba experto en el tema, accedí poniendo de inmediato mi experiencia de tres años como profesor de Cirugía.

De inmediato el maestro Alva, en ese entonces titular de la materia de Medicina Forense y quien tenía una oficina en el anfiteatro del anterior edificio del plantel, manifestó su beneplácito de que un cirujano se hiciera cargo de la materia y se ofreció a apoyarme con sus consejos y experiencia.

En las muchas amenas pláticas que tuvimos me relató la forma en que llegó a ser el maestro de anatomía, desde el año de 1952 (por cierto, tenía colgado en un marco en su oficina, su nombramiento como profesor titular desde ese año).

Al terminar su residencia rotatoria, el maestro tenía pensado realizar una residencia en cirugía. Sin embargo, recibió la propuesta de irse a estudiar a Alemania con el fin de implementar en la Escuela, la metodología de enseñanza de la anatomía de aquel país.

De ahí se trajó las ideas de correlacionar el estudio de la anatomía en forma teórica, en el cadáver, con la clínica y, sobre todo, con la radiología, motivo por el cual, en el anterior edificio, el anfiteatro contaba con un área de radiología, protegida con revestimiento de plomo, aunque nunca llegó a instalarse el equipo de rayos X.

Cuando recibí los cargos del anfiteatro, dentro del inventario de control económico, se encontraban 120 piezas anatómicas, asombrosamente proseccionadas por el maestro en persona. Verdaderas piezas de museo que bien podrían rivalizar con cualquier museo anatómico del mundo y que, en aquel entonces, ni el museo de la Escuela de Medicina de la UNAM contaba con un acervo tan rico como el del plantel. El maestro se daba tiempo para continuar realizando estas prosecciones con el fin de enriquecer aún más, el número de ellas. Estas piezas las llegamos a utilizar en las prácticas de anatomía y embriología, donde los alumnos podían ver estructuras anatómicas reales, tridimensionales y con un detalle que no podían lograr las ilustraciones de los libros o los modelos anatómicos plásticos.

El maestro siempre me pedía que lo apoyara en la aplicación de sus exámenes de Medicina Forense, el cual siempre aplicaba de forma escrita en alguna de las aulas del Plantel. Yo caminaba entre las sillas de los alumnos y el maestro vigilaba desde el escritorio. Con tantos años de experiencia, me parece que el maestro llegó a desarrollar un sentido especial para detectar a los alumnos que pretendían utilizar medios fraudulentos para copiar. Sorprendió a un alumno que había pasado un cable de audífonos desde la bolsa de su pantalón, por debajo de la camisa y por detrás de su cabeza hasta su oreja, estaba conectado a un dispositivo mp3 donde había grabado las clases. El maestro lo detectó porque se le hizo sospechoso que se tocara muy frecuentemente la oreja. En otra ocasión detectó a uno de los alumnos con un acordeón pegado a una goma de borrar y en otra más, a una alumna con su acordeón en un rollito de papel. Todos ellos fueron calificados con 0 y arrestados por utilizar medios fraudulentos para resolver un examen.

En el año 2010, ante la necesidad de conseguir más cadáveres para el anfiteatro, le pedí al maestro su ayuda para conseguirlos a través del Servicio Médico Forense. El maestro me mostró un documento que era un convenio de colaboración entre la Secretaría de Salud y la Escuela Médico Militar, de la década de los 70's, donde se autorizaba al Plantel para ser receptor de cadáveres no reclamados de los diferentes hospitales de la Ciudad de México y del Servicio Médico Forense, acuerdo que con el paso del tiempo se perdió y me propuso gestionar un acuerdo similar para que la Escuela continuara proveyéndose de cadáveres en forma continua sin depender de otras instituciones. Hice mi propuesta al director del Plantel quien a su vez lo solicitó al Rector de la Universidad del Ejército y Fuerza Aérea. El Rector, con autorización del General Secretario de la Defensa Nacional, hizo las gestiones necesarias con el Gobierno de la Ciudad de México para que, finalmente en el 2011, se firmara el convenio de colaboración entre la Secretaría de la Defensa Nacional y la Secretaría de Salud

de la Ciudad de México para que la Escuela Médico Militar pudiera recibir cadáveres del Servicio Médico Forense, al igual que la UNAM y el IPN.

Aun cuando el general Alva se retiró como maestro de la Escuela después de cumplir los 60 años como profesor, continuaba asistiendo a su oficina y de vez en cuando me visitaba en la Jefatura de la Sección Académica. En alguna de esas pláticas me dijo que había iniciado a estudiar la licenciatura en Derecho en la UNAM, ya que sentía la necesidad de mantenerse activo y era algo que había querido hacer durante mucho tiempo, carrera que finalmente terminó en 6 años, ya cerca de cumplir los 90 de edad.

Cuando llegó la orden de desalojar el anterior edificio de la Escuela con el fin de demolerlo e iniciar la construcción del actual, el maestro desocupó su oficina y, dentro de las muchas cosas que tenía, tuvo la gentileza de obsequiarme los tres tomos de la obra de Anatomía Humana del Dr. Fernando Quiroz Gutiérrez. En el primer tomo se encuentra la siguiente dedicatoria:

“Para el estudioso, cumplido y progresista Mayor Médico Cirujano Sr Dr. Mario Alva, entusiasta y digno catedrático de Anatomía” F. Quiroz G.

Tte. Coronel MC Rubén Hernández Chávez (Médico forense, generación 1990)

Yo supe de la existencia del Dr. Mario Alva Rodríguez desde antes de ingresar a la Escuela Médico Militar. Recuerdo que, por allá de la primera mitad de la década de los setentas, siendo yo un niño, mi padre trajo a casa una estatuilla de una especie de caballero azteca, a manera de trofeo o de premio, era de color negro y muy brillante, lisa, bien pulida, tenía al pie una placa metálica grabada diciendo algo así como que era un premio que se le había otorgado en un congreso al que había acudido a presentar un trabajo acerca de cancer de tiroides, según recuerdo, trabajo que yo sabía ya desde entonces, que había realizado junto con el Dr. Raúl Fuentes Aguilar, con quien mi padre sostenía en esos momentos una buena relación, incluso existen fotografías de ese congreso y de esa premiación, pero al ser mi padre alumno muy cercano del Dr. Jesús María Farías Rodríguez, y siendo este último acérrimo enemigo del Dr. Fuentes Aguilar, se encontraba en una posición delicada, por decir lo menos. Al sobrevenir la muerte del Dr. Farías, este dejó vacante la titularidad de la cátedra de Nosología de Oncología en nuestra alma mater, hoy extinta. Mi padre me contó que, en los días posteriores al fallecimiento del profesor titular, el Dr. Fuentes Aguilar se dirigió a los médicos militares oncólogos y les manifestó que tenía toda la intención de asumir dicha titularidad, ante lo cual mi padre no dijo nada inicialmente, pero después pasó algo que es donde participó el Dr. Alva de forma muy importante ya que, en ese momento, él era el Subdirector de la Médico y se le ocurrió efectuar concursos de oposición para otorgar las titularidades de las materias de Nosología de Oncología (que se encontraba vacante como ya se ha dicho), de Ginecoobstetricia y de Urología, así que , según me platicó el propio maestro Alva, se dio a la tarea de organizar los jurados que participarían y de convocar a los médicos militares que quisieran participar, aclarando que dichos jurados estuvieron conformados por médicos eminentes de otras instituciones, incluso civiles, que tendrían la encomienda de

decidir a quién se le otorgaría la titularidad en disputa. Una vez ya lanzada la convocatoria, mi señor padre se apuntó, así como también hizo lo propio el Dr. Fuentes Aguilar, quedando solamente ellos dos como participantes; el maestro Alva me dijo que, por diversas razones, este fue el único concurso por oposición que se llevó a cabo en realidad, ya que los otros dos nunca se pudieron consumir. Así las cosas, llegó el día del examen que consistió en la exposición de una clase ante tan selecto jurado, una dada por el Dr. Fuentes y la otra por mi padre, resultando ganador este último. El Dr. Alva, al momento de relatarme esta anécdota, no pudo evitar esbozar una sonrisa y creo que hasta se rió, evocando ese momento; mi papá me dijo que, después del veredicto enunciado, acudió a saludar al Dr. Fuentes, le tendió la mano la cual se quedó tendida y ni una sola palabra salió de la boca del perdedor; a partir de ese momento, la relación entre los dos personajes sufrió un deterioro muy importante, rayando en la enemistad total; caro le salió este número a mi progenitor y yo, una vez le pregunté de forma directa que porqué lo había hecho, que si no se había percatado de que, al momento de ocurridos los hechos, él ostentaba apenas el grado de Mayor cuando el otro era por lo menos Coronel a lo cual me contestó que no podía dejar la titularidad abandonada de forma trágica por su maestro Farías en manos de su enemigo, que eso no podía ser. Y no fue. Mi padre se convirtió así en el único profesor titular por oposición de la Materia de Nosología de Oncología de la Escuela Médico Militar, cargo que dejó de forma voluntaria después de su retiro. El Dr. Alva me dijo que, después de esto, ya no se volvió a autorizar ningún otro concurso por oposición en la Escuela, y me lo dijo no sin pesar, ya que él se sentía orgulloso de haber sido el único subdirector que hizo que nuestra querida Escuela tuviera, como las grandes instituciones educativas del mundo, profesores por oposición. Como colofón, diré que, luego de la muerte de mi padre, recibí una llamada del maestro Alva, quien me dio el pésame y me dijo las siguientes palabras: “De verdad te digo, hoy ha muerto uno de los grandes médicos militares”. Siempre llevaron una gran relación de alumno: maestro, de admiración y respeto mutuos. Esta historia la conocí yo desde mi infancia, la viví con intensidad, en las pláticas de la hora de la comida con mi padre contándole todas estas cosas a mi madre y mis hermanas y yo, escuchándolo todo, por eso digo que yo ya conocía al maestro Mario Alva mucho antes de ingresar la Escuela Médico Militar, hoy extinta.

Ahora bien, ya siendo yo egresado de la maestría en Medicina Forense y siendo adscrito al Departamento de Medicina Legal del Hospital Central Militar, corriendo el año de 1997, me dirigí al Dr. Mario Alva para presentarme con él y ofrecerle mis servicios como profesor de la materia, precisamente de Medicina Forense, que se impartía en la Escuela Médico Militar, de la cual él era el titular. Me entrevistó con toda la formalidad en una oficina que ocupaba en el Departamento de Anatomía, después de su partido de squash. Platicamos un buen rato y me dijo que me iba a tener a prueba, que acudiera yo en fecha posterior, misma que me señaló agenda en mano. Acudí, pues, puntualmente, nuevamente a esa oficina, en la cual ya me estaba esperando con copia del programa de la materia, un calendario y se puso a agendarme las clases que me correspondería dar en todo el año, siempre con una seriedad total, gesto adusto y un tono de superioridad que le era inevitable tener al hablar y que a mi me venía bien, he de decirlo; estaba consciente de estar hablando con una institución viviente

de nuestra Escuela, con una autoridad en la materia de Medicina Forense y de la Anatomía en México, tanto en el medio militar como en el medio civil, a los niveles más altos y aquí haré un paréntesis para repasar sus logros laborales y académicos más importantes: fue maestro titular de las cátedras de anatomía y de medicina legal y forense tanto en la Escuela Médico Militar como en la U.N.A.M., además de otras instituciones educativas de nivel superior a nivel nacional, fue catedrático del I.N.A.C.I.P.E., director del SEMEFO del Distrito Federal, Jefe de Servicios Periciales de la P.G.R. y de la P.G.J. del D.F., además de ser autor de varios libros de estos temas, académico de la Academia Mexicana de Cirugía y de la Academia Mexicana de Ciencias Penales. Volviendo a mis recuerdos personales, el maestro me pedía puntualidad y seriedad absoluta con los alumnos, y recuerdo mucho los tipos de preguntas de las que se componían sus exámenes, que eran preguntas que se tenían que responder desarrollando temas, y los exámenes por esa razón constaban solamente de diez preguntas, la mitad del maestro y la otra mitad elaboradas por mí; yo le propuse al inicio que hiciéramos preguntas de opción múltiple, a lo cual él se opuso de forma tajante, arguyendo que con su sistema se evaluaba hasta la forma de expresarse y de darse a entender de cada cadete, a pesar de la dificultosa caligrafía de muchos de ellos. De verdad que era tardado calificarlos, además de complejo, pero así estaban las cosas. Solíamos reunirnos a revisar los exámenes en la sala de la casa del Dr. Alva, la cual era amplia, elegante y sobria a la vez, tal como él lo era; ahí revisamos cientos de exámenes ya que mi colaboración duró solamente diez años, y recuerdo que había unas escaleras muy largas que conducían al piso de arriba así que, en una ocasión, al estar en estas tareas académicas, escuché que alguien bajaba ya que me quedaba la escalinata a mis espaldas, por lo cual volteé al escuchar a una señora chaparrita que venía bajando por los que yo estimo serían unos veinte escalones, dando las buenas noches, a lo cual yo le contesté con amabilidad; el maestro, que estaba entretenido vaciando las calificaciones, de pronto se percató y, dirigiéndose a mí me dijo - Dr. Hernández, una disculpa, no los había presentado, es mi madre-, yo me incorporé y acudí unos pasos a saludar a la señora, quien era ya mayor y bajita de estatura, pero estaba íntegra física y mentalmente, dirigiéndose a la cocina a cenar. Comprendí que la longevidad del maestro era hereditaria, poseía unos genes envidiables en ese rubro. Una de las cosas a las que el maestro le ponía mucho énfasis era al momento de los exámenes, sentaba a los cadetes con una fila de sillas vacías hacia atrás y hacia adelante, así como con un espacio a cada lado igualmente vacío, les indicaba antes de empezar que estaba prohibido comunicarse por cualquier medio, si había alguna duda o algo que decir, se tenía que levantar la mano y que los maestros acudiríamos al lugar del alumno, sin que tuviera que levantarse este último de su asiento bajo ningún pretexto; previamente, tenían que dejar al frente del aula todas sus pertenencias, de modo tal que pasaran a su lugar portando solamente una pluma; los maestros teníamos que pasar entre ellos revisando que no copiaran de ninguna forma, esto se hacía por parte nuestra de forma que era rutinaria; he de confesar que a mí siempre me parecieron correctas todas estas medidas y acertadas también ya que, en cada examen, casi siempre detectábamos algún “acordeón” o de plano intentos para comunicarse de toda índole; por supuesto, a estos copiones se les retiraba el examen y se les hacía su boleta de arresto; así eran las cosas y yo seguí con ese método incluso en la clase de Patología, de la cual también fui maestro. En fin, que estos son algunos de los recuerdos que tengo de haber tenido el honor

de haber trabajado con el Dr. Mario Alva Rodríguez, habiendo sido para mi en lo particular un gusto especial el haber convivido con él y haberlo conocido yo creo que bastante bien, a un maestro del cual yo había escuchado desde mi niñez.

Dr. Rolando Neri Vela (Oftalmólogo, Maestro en Historia de México)

Remembranza del maestro Mario Alva Rodríguez

Al maestro Alva lo conocí siendo niño, en algunos fines de semana en la casa de campo del Dr. Ramón Álvarez Gutiérrez, en el Mineral del Chico, en Hidalgo. Ambos eran amigos de mis padres.

Pasaron los años, y lo volví a encontrar al ingresar a la Escuela Médico Militar, siendo él el profesor titular de Anatomía y subdirector del plantel. En esos días no tuve mayor trato con él, pero sí recuerdo aquellos exámenes de anatomía, en medio del campo de futbol, y días después, con desesperante agonía, saber la calificación obtenida, de labios de él. Unos años más tarde, por razones del destino fue mi profesor de teoría de Medicina forense, asignatura que me hizo querer; sin embargo, pasó mucho más tiempo después en que no lo vi, hasta que un día, caminando por las “islas” entre la Facultad de Medicina y la Facultad de Filosofía y Letras, en la Ciudad Universitaria, a lo lejos lo vi, siempre vestido, impecablemente, de blanco. Al acercarme, él fue el que me saludo, afectuosamente.

Entonces, yo no lo sabía, iba a iniciar, verdaderamente, una relación maestro-alumno-amigo. Lo vi en varias ocasiones, casualmente, en los mismos jardines universitarios, y me empezó a preguntar qué había sido de mi vida, cómo estaban mis padres, cuántos hijos tenía, etc., etc. Yo le platicué que era oftalmólogo, y que era profesor titular de tiempo completo en el Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, y al ver que él se interesaba, le ofrecí servirlo si requería algo de mi lugar de trabajo.

En una ocasión, me habló del Dr. Ubelaker, y me preguntó si lo conocía. Le respondí que no tenía idea de quién era, y me contó que era un antropólogo estadounidense, que había vivido varios años en Sudamérica y que estaba coordinando una obra acerca de las ciencias forenses en el mundo, y le había pedido a él que escribiera el capítulo referente a México, y entonces el maestro Alva me invitó a participar en ese proyecto.

Trabajando con él, ya a nivel profesional, en ese escrito, lo conocí realmente; una persona muy trabajadora, empeñosa, meticulosa, observadora, y sobre todo, afectuosa. Me visitó en el antiguo Palacio de Santo Domingo, en donde se encuentra el Archivo Histórico de la Facultad de Medicina de la UNAM, y allí tuve el placer de aplicarme con él en esa tarea, revisando expedientes del siglo XIX. Ese escrito se publicó en inglés, por lo que me preguntó si tenía algún conocido que tuviera como lengua materna el inglés, para que lo escribiera en ese idioma correctamente; le dije que había tenido una alumna que era escocesa, y entonces me enfoqué a localizarla, y mediante el pago por su labor, el maestro Alva finalmente estuvo de acuerdo para enviar el documento al coordinador, el Dr. Ubelaker. Verdaderamente me sentí orgulloso de haber participado como coautor con el maestro Alva, y que mi nombre apareciera junto al de él en el libro.

Después, al ingresar el maestro como vocal de la Comisión de Estudios Históricos Escuela Médico Militar, y siendo yo el Secretario general de la misma, volví a tratarlo, y desgraciadamente no pudimos empezar a escribir un trabajo en el que él tenía mucho empeño, acerca de la enseñanza de la medicina forense en el plantel.

A través de los años, el trato con el maestro Alva fue creciendo, por lo que, si la pérdida de un ser humano es dolorosa, la de alguien a quien se llega a admirar, aflige aun más.

Requiescat in pace.

Coronel MC José G. Arizmendi Dorantes (Pediatra, generación 1972)

Conocí al Dr. Mario Alva Rodríguez en la primera clase de Disecciones en el anfiteatro de Anatomía de la Escuela Médico Militar en enero de 1967. Creo que todos teníamos curiosidad y cierto temor para entrar a la primera clase y ver por primera vez a varios cadáveres tendidos en sus planchas. Para entrar a la clase nos proporcionaron batas de tela blanca que nos pusimos encima del uniforme de cadetes, cubrebocas y guantes. Además de la impresión de ver los cadáveres desnudos, plomizos, recostados boca arriba, el olor a formol era fuerte y penetrante. A algunos de mis compañeros les causaron náuseas, otros vomitaron e incluso hubo quienes se desmayaron.

El maestro Alva vestido todo de blanco: zapatos blancos, calcetines blancos, pantalón y camisa de manga larga blanca, corbata negra y una bata larga también blanca, que le daban aspecto del auténtico médico, de talla regular, tez blanca, calvicie prematura, ojos vivaces,

cejas pobladas, nariz recta, labios gruesos, de aspecto serio, con un tono de voz y dicción perfectas, nos recibió, nos dio la bienvenida y nos explicó el programa de trabajo.

El profesor Alva inició su clase dibujando con marcadores de colores sobre el cristal de un equipo que proyectaba lo que él dibujaba en una pantalla que estaba detrás de él; ahí iba mostrando el área anatómica que teníamos que trabajar y estudiar, explicando paso a paso cada capa de tejido que teníamos que ir disecando e identificando, desde la piel, el tejido subcutáneo, las aponeurosis, las venas, las arterias, los nervios, los tendones, los músculos y el hueso. Una vez explicada la clase, procedíamos a la disección del área anatómica asignada mientras el maestro Alva se desplazaba por todo el anfiteatro supervisando a cada grupo, nos hacía preguntas y aclaraba nuestras dudas. Las clases eran diarias, a media mañana y de 2-3 horas de duración, durante todo el año.

Poco a poco le fuimos perdiendo el temor a los cadáveres hasta llegar incluso a trabajar sin guantes ni cubrebocas y hasta dejamos de oler el formol. En estas clases es en las que realmente aprendimos Anatomía, porque en las clases teóricas con el maestro Pardo eran de sólo repetir de memoria la morfología de un órgano o la trayectoria de un vaso sanguíneo o de una vía nerviosa que salvo los huesos, no veíamos. Eran de sólo memorizar por lo que poco tiempo después olvidábamos casi todo.

Los libros de texto que usamos fueron los dos tomos de la Anatomía Humana de Fernando Quiróz y para la neuroanatomía, la Anatomía de L. Testut-Latarjet.

El examen final era un verdadero terror. De los 120 alumnos de primer año, sólo pasamos a segundo 63; 53 alumnos (47.5%) fueron reprobados y la gran mayoría fue por la clase de Anatomía. O sabías o sabías. No había de otra. Se daba sólo una oportunidad más, 15 días después, en plenas vacaciones. Los reprobados no salían de vacaciones hasta aprobar o no la materia o materias reprobadas. Si aprobabas, salías a vacacionar los pocos días que restaban y si no aprobabas en esa segunda oportunidad, las vacaciones eran para siempre.

No recuerdo haber tenido una plática con el maestro Alva en esas épocas de estudiante. Posteriormente, ocasionalmente lo saludaba en algún evento en la escuela, el hospital o en alguna reunión académica. Seguramente el no recordaba quienes éramos cada uno de sus alumnos, pero nos saludaba con amigabilidad. Guardo una foto con el de uno de esos encuentros.



José G. Arizmendi Dorantes, maestros Mario Alva Rodríguez y Alberto Peña Rodríguez

Cincuenta y siete años después, en octubre de 2020 coincidimos como miembros (vocales) de la Comisión de Estudios Históricos Escuela Médico Militar (CEHEMM), cuando fui invitado a incorporarme a dicha comisión. El maestro había ingresado a la CEHEMM unos meses antes. Ahí tuve la oportunidad de volver a verlo: vestido todo de blanco de pies a cabeza, con bata blanca y corbata negra, ahora con cubre boca y careta transparente por la pandemia de Covid, muy lúcido y participando muy activamente. En noviembre y diciembre nos veíamos casi cada semana porque nos propusimos depurar el acervo de la CEHEMM y él ahí estaba colaborando efusivamente revisando libros, revistas, documentos y fotos.



De izquierda a derecha doctores José G. Arizmendi Dorantes, Guillermo Arana Pozos, Luis Limón Limón y Mario Alva Rodríguez, depurando el acervo histórico de la CEHEMM, noviembre 2020.

Un viernes el maestro Alva me llamó por teléfono para pedirme le explicara como acceder a la plataforma de Zoom porque el lunes de la semana siguiente tenía que participar en un encuentro académico virtual. Por teléfono me preguntaba y yo le fui explicando paso a paso cómo hacerlo, hasta que lo logró. ¡Fue la única ocasión en que tuve el privilegio de enseñarle algo al maestro! Me dio mucho gusto hacerlo y creí que podía con el correr del tiempo tener una relación de amistad con él.

Durante las vacaciones de fin de año (2020) supimos tristemente que había enfermado de Covid y que estaba hospitalizado en el Hospital Central Militar, aunque su evolución fue tórpida egresó parcialmente recuperado. En enero de este 2021, reiniciamos las reuniones de la CEHEMM pero ahora virtuales (Zoom) y el maestro Alva en cuanto pudo se incorporó.

Todo parecía ir bien con su salud, pero en febrero tuvo una recaída que desafortunadamente para él, para su familia y para el gremio médico militar no pudo salvar.

El maestro Alva es sin duda uno de los grandes maestros que ha tenido la Escuela Médico Militar a la que le dedicó 60 años como profesor. Su huella será imborrable. Descanse en paz, MAESTRO.

Irma Eugenia Alva Valencia.

Algunos recuerdos y consideraciones de papá

El amor y los mimos de mi padre y sus enseñanzas son el esqueleto de quien soy ahora. El respeto y la honestidad eran valores que subrayaba. Cuando era niña, papá pasaba todo el día en su trabajo, siempre muy ocupado, llegaba tarde y lo esperaba con mucha ilusión, estaba muy apegada a él: invariablemente, me hacía cariños tan luego dejaba sus cosas y se aseaba. Esa cercanía se convirtió años después en la base por la que compartiríamos intereses, lecturas, experiencias y puntos de vista de cualquier tema.

Llegaba cansado y le dejaba cerca sus pantuflas. Inmediatamente ponía su música clásica en la radio y comía con gusto mientras platicábamos, no le gustaba que estuviese prendida la televisión y que la viera mucho; era la hora del día que más me gustaba porque podíamos convivir y platicar un rato, después se echaba una siesta.

Le gustaba mucho la fotografía, y por muchos años fue el fotógrafo de la familia entera, sacó muchas transparencias de tantos y tantos paseos y viajes, más que nada por México, que hacíamos solos o con amigos, tíos y primos. Los domingos nos reuníamos a ver las sesiones de aquellos capítulos, nos hacía recordar cumpleaños, sucesos varios, andanzas de viajes maravillosos... entre bromas y comentarios de aquellas vivencias, ansiábamos esas sesiones, pues era como ver una película divertida en su biblioteca, con las luces apagadas, con la pantalla que siempre tenía dispuesta para ser desenrollada y el proyector que tanto usaba también para preparar sus clases y ponencias.

Su biblioteca era su refugio, su área de trabajo, pasaba muchas horas ahí, era su lugar de paz y luz. Cuando me veía muy desocupada me animaba a dedicarle tiempo a alguno de mis pasatiempos, o me acercaba algún libro. Decía que era muy importante interesarse por algo siempre, lo que fuese; aprovechar el tiempo y aprender de todo. Insistía que, para mantenerse bien, vivo, activo, ayudaba tratar de dominar algún material del dominio público, como la pintura, o el cine, lo que fuera, porque ello facilita mantenerse atraído, enfocado y concentrado; ayuda a que seamos creativos y propicia involucrar a los demás en intereses comunes

Era estricto y firme, por supuesto hubo regañones, pero siempre cuando eran necesarios. Era justo y de gran corazón. No tenía que agobiarse con mis calificaciones porque yo era más estricta conmigo misma, (creo que me parezco a él en eso). Sin embargo, recuerdo que en 5º de bachillerato me llevó de viaje en plenos exámenes finales, a pesar de mí misma, porque yo estaba en extremo nerviosa. Muy contrariada, recuerdo que hice un dramón porque, ¡cómo era posible irme en ese momento tan importante! Hizo que me fuera a 2ª vuelta en todos los exámenes. Aprobé todos en esa 2ª vuelta, sin problema, y después me preguntó: “¿pasaste los exámenes?, ¿te valió de algo agobiarte tanto?”; me hizo darme cuenta que tanta preocupación no sirve para nada, y que me podía enfermar.

En tiempos difíciles, como en la pandemia, me recordaba que los acontecimientos son cíclicos, que nada perdura, y que uno debe sacar lo mejor de sí mismo en todo momento, para tomar las mejores decisiones.

Era oportuno, me calmaba con unas cuantas frases sensatas; ser práctico y resolver era parte de su naturaleza; además, nuestra actitud frente a las situaciones es lo que nos permite llegar a un desenlace positivo. Esas enseñanzas perduran en mí.

Solía llevarnos muchísimo al cine, y en la temporada de eventos, tanto a conciertos, ópera, danza, y teatro en Bellas Artes, el Auditorio, los distintos teatros, etc. Cuando no poníamos atención, bastaba una mirada de rayos X para regresarnos al evento y concentrarnos en él. También nos llevaba a eventos deportivos de todo tipo, hasta el fútbol, pero los que más le gustaban eran la natación, el tenis, squash, el frontón. En la temporada del baseball, íbamos a echarle porras a mi hermano que jugaba en la liga Yaqui y en la liga Olmeca, y cuando podía llegar él estaba ahí, en primera fila, apoyando y echando porras con todos.

Me encantaba ir con él a nadar a la YMCA o al Deportivo Militar cuando se abrió, y después salíamos, comprábamos una paleta helada o algo así y nos regresábamos satisfechos y contentos a casa para comer una botana para después comer.

También nos reuníamos para ver la temporada de fútbol americano, que practicó de joven en la Escuela Médico Militar, estaba muy orgulloso de ella; tanto, que yo creo ser parte de ella, sin conocerla casi. Nos presumía de la alberca de la EMM que esperaba que los alumnos usaran para mantenerse en forma mientras estudiaban ahí.

Tenía muy buena condición física, y se cuidaba mucho, hacía bastante deporte, era bueno en ellos, eso también nos lo inculcó. Le gustaba patinar y andar en bici con sus nietos, a los 70 y tantos seguía subiéndose a la bici, hasta que uno de sus colegas le hizo ver que sus huesos ya no aguantaban tanto.

Cuando lo operaron de la vesícula, mamá nos contó que el médico que lo operó le había dicho que sus músculos abdominales estaban muy fuertes y tonificados.

Solía ir con él mucho a su Hospital Militar porque de joven fui un poco enfermiza, él se conocía todos los rincones y yo recuerdo caminar por corredores, con una enorme satisfacción, y subir por elevadores donde me podía perder, partes renovadas y arregladas y me daba mucho orgullo verlo cómo andaba por ahí siempre muy seguro y a gusto, como en casa y siempre recibiendo y regresando el saludo de otros doctores, alumnos, enfermero(a)s, soldados y trabajadores.

Solíamos hacer visitas al centro de la Ciudad, a los museos, a lugares interesantes, dentro de la ciudad, con una guía siempre en la mano, íbamos descubriendo las estatuas del Paseo de la Reforma, los monumentos sobresalientes, edificios antiguos y representativos, Era común en él, llamarme o hacerme voltear en las visitas o viajes, para que me fijara en cosas mínimas, –graciosas, tiernas, bellas, extrañas o inusuales, en gestos y actitudes de la gente que le habían llamado la atención y le hacían sonreír o sentir algo.

Tenía detalles muy grandiosos, como ir cargando desde casa, donas hechas en casa, en algún viaje, y ofrecerlas a la familia en los momentos más extraños, y suscitando las carcajadas de propios y extraños, como esa vez, en un camión de redilas, en un camino de terracería, que quién sabe por qué, nos transportaba a familia y amigos.

Como siempre estaba muy ocupado, a veces tenía que dejarle una notita con las cosas que necesitaba para la escuela, o para recordarle que me dejara dinero para el lunch o lo que fuera; si yo no le escribía bien las notas, claras y sin errores de ortografía y con una buena puntuación, pues rompía el papelito y no me daba nada hasta que lo escribía bien...

Le gustaba planificar bien todo, desde sus tareas diarias, hasta los viajes que tanto le emocionaban. Viajar con mi padre era maravilloso, le encantaba leer sobre lo que veríamos y averiguar sobre de ello, se emocionaba mucho.

Las culturas y los idiomas le atraían enormemente. Viajábamos mucho por el país, lo gozaba; en carretera nos ponía adivinanzas y juegos con la mente, también nos ponía a cantar. Yo me divertía mucho. Solíamos salir temprano y aprovechábamos todo el día. En los viajes al extranjero, era muy bueno con los idiomas y se comunicaba fácilmente con la gente local, entablaba pláticas con ellos, las experiencias se enriquecían mucho.

No perdía la curiosidad e interés por las cosas, era ordenado, metódico y muy curioso.

Le agradezco enormemente que me haya creado la necesidad de nunca quedarme estática y curiosear y aprender día con día. Era muy reconfortante, nunca me transmitió sus preocupaciones y agobio, con excepción de México, en septiembre de 1985. Era director del Forense justo esos años. Después del terremoto, había pasado 3 noches fuera de casa, lo que jamás había sucedido antes. Cuando llegó a casa, del Forense esa madrugada, su rostro no podía ocultar el pesar y la tristeza, de la magnitud de la desgracia que estaba viviendo.

Era así, reservado, decidió ocultarnos, a su esposa e hijos, sus dolencias y enfermedad, seguramente para evitarnos el dolor y angustia inevitables, como siempre se mantuvo, recio, firme y fuerte.

Fue un padre ejemplar, a quien adoro, admiro y admiraré siempre, es mi referente y mi guía.

Burgos, España; a 04 de julio de 2021.